

NEBRIJA Y LA LATINIDAD

Por VICENTE GARCIA DE DIEGO

NO corresponde ciertamente la exaltación popular, un poco mítica, del nombre de Nebrija a la atención prestada para el estudio fundamental de su obra. No es que carezcan de mérito los estudios conocidos de Muñoz (*Memoria de la Real Academia de la Historia*, t. III), de Lemus (*Revue Hispanique*, t. XXII), de Rodríguez Aniceto (*Reforma del Arte*) y el reciente de Olmedo (*Nebrija*); pero la obra amplia y serena, técnica y aclaratoria, que merece la figura del más famoso humanista español, está aún por escribir. La estancia de diez años de Nebrija en el Colegio de San Clemente, de Bolonia, es decisiva en su vocación humanística. Era en aquel momento la atmósfera de Italia de febril entusiasmo por la instauración de los estudios griegos y latinos y se sentía un ansia viva de romper la rudimentaria y bárbara latinidad de los tiempos medios y de penetrar las finezas de los autores clásicos. En su largo y perseverante estudio, la maravillosa viveza nativa del humanista andaluz se pertrechó con un perfecto conocimiento del latín, del griego y del hebreo. Otra etapa importante de su vida, porque imprime carácter a su obra, es su dedicación a la enseñanza privada del latín, en Sevilla primero y después en diversos lugares. Dejando a un lado el bagaje científico que iba poseyendo, Nebrija utilizaba en su enseñanza el camino corto, los esquemas de las Artes latinas medievales, los versos bárbaros, indelebles en la memoria. Esta preocupación didáctica de la sencillez, en lucha con su desbordada erudición y con su exuberancia andaluza, es la clave de las fluctuaciones me-

tódicas, que no le abandonaron hasta el último momento de su vida. El gran período de sus estudios latinos es el de su estancia en Salamanca, desde el 22 de enero de 1476, en que tomó posesión de su cátedra, hasta 1513. En esta Universidad, la petulancia de los maestros de otras Facultades, algunos mediocres, que despreciaban la modesta labor del maestro de Gramática, exacerbaba la vehemencia de Nebrija, que no pierde la ocasión de humillarlos, no sólo zahiriéndoles a ellos por su latín incorrecto, sino burlándose de las ciencias que profesaban, excepto las sagradas. En esta etapa de Salamanca produce Nebrija sus dos obras más famosas, las *Introducciones* y sus *Vocabularios*. Las *Introducciones* se publican en 1481, dividido el libro en dos partes: en la primera, la Analogía; en la segunda, la Sintaxis, Ortografía y Prosodia, las figuras, los tropos y un corto vocabulario. El libro está en latín y en prosa, y es el texto escueto del alumno. Este libro, que tantas vicisitudes iba a tener, recoge claramente dos tendencias contrapuestas, que afluyen al punto histórico en que Nebrija viene al mundo de las letras: de un lado, la sencillez infantil medieval, que gusta de las fórmulas condensadas (lengua concisa, centones morales, compendios estrujados), y de otro lado, la curiosidad amplia y detallista del Renacimiento.

Nebrija, el maestro práctico de latín, que había adoctrinado a niños en aprendizaje rápido, tomó como modelo de su Analogía y Prosodia el *Alexandre de Villedieu*. Este libro (*Doctrinale puerorum Alexandri de Villa Dei*) había llegado a ser al poco tiempo de su publicación, en 1209, el libro corriente de las escuelas de latinidad de Europa. A simple vista se descubre que es una adaptación de Prisciano, esquematizado hasta la exageración. No tiene en el fondo originalidad ni casi valor científico, pero es sencillo y claro por sus esquemas y pegadizo al oído por sus reglas en versos fáciles. Este librito, que tan atrayente era para los principiantes, no servía luego, y sus adoptantes tuvieron que ir adornando un poco su sequedad con notas y suplementos en prosa y en verso. La preferencia de Nebrija (empapado de la cultura humanística italiana) por este libro del humanista francés no se

comprende claramente más que teniendo en cuenta su práctica docente con los niños y el estado de incultura de la latinidad en España. En la *Sintaxis* acepta, en cambio, Nebrija una tendencia nueva de la floreciente escuela italiana, representada especialmente por los libros del Arzobispo Nicolás Perotto (*Rudimenta grammatices Perotti*), que recogía el sentido de la latinidad clásica y aceptaba los métodos del famoso Lorenzo Valla. Esta apreciación de las dos fuentes principales de las *Introductiones*, de Nebrija, ha sido ya antes reconocida, pero no existe un estudio en que se puntualice lo que hay de mera copia de estos dos libros, lo que hay de otros y lo que es original de Nebrija. En el prólogo de esta primera edición, dirigido al Cardenal Mendoza, confiesa Nebrija su profunda preocupación pedagógica y las dificultades para hacer un libro destinado a los principiantes. Al efecto, recuerda cómo unos libros que a este fin se han escrito sirven para los niños en las primeras páginas, complicándose después con tales reglas, que producen una inextricable confusión, mientras que otros, manteniendo siempre su sencillez, son incompletos e inservibles. El cree haber hallado la fórmula feliz de la concordia entre la sencillez y la suficiencia: «Yo me pongo en el caso de aquellos a quienes quiero enseñar, y no digo ni escribo nada que los niños no puedan entender, sin omitir tampoco nada de lo necesario para iniciarlos en la lengua latina.»

Los cambios de las *Introductiones*, de Nebrija, desde su primera edición hasta su muerte, son importantes y responden no sólo a las vacilaciones de Nebrija, inquieto de suyo y de formación científica y didáctica, en cierto modo contradictoria, sino a las objeciones que su obra provocaba entre los eruditos. Agotada pronto la primera edición, que parecía copiosa (de más de mil ejemplares), hubo que hacer nuevas tiradas en los años sucesivos hasta 1485. Entonces se decidió Nebrija a un cambio importante para hacer lo que él llamó la segunda edición, en 1486, y en 1495 la amplía con numerosas glosas, introduciendo en ellas cambios notables. Estos cambios son, como otros muchos, antagónicos. De un lado, amplía algunos puntos, pareciéndole demasiado

concisos, y aumenta enormemente el libro con copiosas anotaciones, y de otro, se acuerda de los famosos versos del Alexandre, tan fáciles para los niños, y pone en verso del tipo del humanista francés los géneros y los pretéritos y supinos. La obra queda dividida en cinco libros: en el primero, los paradigmas de las flexiones, partes de la oración y accidentes del nombre; en el segundo, los géneros, las reglas de la declinación, los accidentes del verbo y los pretéritos y supinos; en el tercero, las preguntas y respuestas de las partes de la oración; en el cuarto, las partes de la oración entre sí; en el quinto, la Prosodia y la Métrica. La explicación de esa exacerbación de la simplicidad alejandrina hay que buscarla en su obsesión a difundir en las escuelas la enseñanza elemental del latín. La ampliación del libro es un efecto de su creciente erudición, pero quizá más del afán de replicar a los que desdeñaban su método infantil, contestando a las envidias, que tanto le descomponían. Con esas eruditas anotaciones, ya no era el suyo un libro vulgar, y podía leerse dignamente en las aulas universitarias, saliendo de la sórdida enseñanza de las preceptorías provincianas:

*Et te iam grande latebras exire paterni
liminis et media vivere luce decet.*

El viejo manual, con estas sabias glosas, podía despreciar la envidia de los detractores y la simplicidad del vulgo:

*Sed, ne sola domo vadas, glossemata iunxi,
quae te circumstent quolibet ire velis.
His comitata (metu posito) contemnere vulgus
et detractorum verba maligna potes.*

Jamás satisfecho Nebrija, hace nuevos cambios en la edición de 1499, y en la de 1508, y en la última, que hizo poco antes de su muerte, acaecida en 1522.

Sus pequeños trabajos gramaticales unos se publicaron aparte,

otros van en algunas de las ediciones de sus *Introducciones*. En las ediciones hechas después de su muerte se incluyen unos u otros de estos libros menores. Así, en la de 1540, después de los cinco libros, se añade el *Barbarismo*, de Donato; un epítome de sinónimos de las *Elegancias*, de Lorenzo Valla; la *Repetitio* de los numerales; un capítulo de los puntos, el de la construcción, la *repetitio* del acento latino, y explicaciones gramaticales de las letras griegas y de la declinación, reglas de pronunciación de las letras, de las letras y del acento hebraico, y un diccionario de las voces usadas.

El método gramatical de Nebrija no sólo se difunde pronto por casi toda España, sino que se adopta en algunas escuelas de Portugal y de Sicilia, y lo leen Palasín y Vaurentín, en Francia. Sus *Introducciones*, si sufren varios cambios de mano del mismo Nebrija, reciben después un número considerable de modificaciones. Nebrija admitía como un principio el derecho de cambiar no sólo las propias obras, sino las ajenas, autorizando a todos a que modificasen su libro, aun viviendo él: «Quod licuit nobis in eos qui ante nos artis grammaticae praecepta tradiderunt, quod denique posteris, meque etiam vivo et sentiente, praesentibus licebit.»

Las reformas del libro de Nebrija por ajenas manos y las adaptaciones fueron considerables; algunas han sido fijadas por Rodríguez Aniceto (*Reformas del arte de Nebrija e Influencia de Nebrija y Francisco Sánchez de las Brozas en el estudio de la Gramática latina*). Un cambio importante fué el del P. Juan Luis de la Cerda, cuyo *Arte* prevaleció en España sobre el de Nebrija, y ha sido aceptado y admirado por muchos, atribuyéndoselo al propio Nebrija. Sigue la Cerda el sistema esquemático de aquél con las reglas en latín, muchas en versos hexámetros, sin un criterio original. Sus cambios son de poco relieve, como el de los versos de los géneros. En vez de aquellos de Nebrija,

*Foemina masque genere nullo monstrante reponunt,
Mascula sunt tibi quasi mascula.*

La Cerda forjó aquellos

Mascula sunt maribus quae dantur nomina solum

con que varias generaciones han venido engañándose con la idea de que aprendían géneros y latín. Cuando después de Nebrija surge la obra del Brocense, se dibujan pronto las dos influencias de estos humanistas, las que se reparten o se combinan entre los diversos Artes peninsulares. En Portugal, las *Introductiones* fueron la base de las obras de Clenardo, Cardoso, Sousa, Resende y Estéfano, que tuvieron el acierto frente a los españoles de aligerar el fárrago de reglas menos útiles, de los géneros, etc. Detrás de ellos surge el P. Manuel Alvarez, adaptador principalmente del método de Nebrija con su obra *De institutione grammaticae, libri tres*, que logró, por su claridad y por el prestigio de la Orden a que pertenecía, una enorme difusión, y que creó una verdadera escuela portuguesa de gramáticos. Si en Castilla hay dos tendencias gramaticales desde que la *Minerva* desarraiga en parte la enseñanza del *Antonio*, en Portugal, la divergencia entre los métodos de los Jesuítas, que imponían su texto y método único, y los de los Oratorianos, inspirados en el Brocense, degenera en una lucha social, que alcanza trágica trascendencia en la revolución y en el gobierno de Pombal. Es curioso que la influencia del Brocense con sus innovaciones geniales y el nuevo sentido histórico de la lengua latina no prevalece en Castilla sobre la de Nebrija, mientras en Portugal surge una escuela, representada, sobre todo, por Verney y por Pereira, que, en parte, por su mérito y en parte por razones políticas, se impuso sobre la del P. Alvarez y desterró los métodos de los partidarios del *Antonio*.

Al enjuiciar la obra de Nebrija es importante conocer el juicio que él mismo tenía de sí mismo, de sus libros, de la cultura latina de España y de su influencia en la instauración de los estudios latinos. Nebrija, estudiante de Salamanca, que oyó cinco años, entre todos, a Pedro de Osma, en Moral; a Aranda, en Filosofía natural, y a Apolonio, en Matemáticas, sacó la impre-

sión certera de que aun estos tres insignes maestros, «si no en el saber, en decir sabían poco». Si en estas lumbreras apreciaba Nebrija su tosca latinidad y su ignorancia humanística, el juicio que le merecían otros doctos maestros de Salamanca y de Alcalá, y mucho más la masa letrada española, no podía ser más lastimoso. Nebrija, hombre impetuoso de temperamento, cuando España empieza a vibrar bajo la emoción de la aventura en los asombrosos descubrimientos y conquistas, se siente, como los navegantes y colonizadores, guía de una gran empresa nacional de cultura. Sus libros no los considera sólo un acierto pedagógico como una investigación o sistema personal, sino como un movimiento de trascendencia histórica, que iba a transformar la vida intelectual de España. Nebrija, con el ímpetu de los adalides que ganaban inmarcesibles glorias para España en los campos de Italia y de Flandes, y con el aliento de los descubridores que ensanchaban el mundo español, considera su obra como una expansión y conquista del espíritu español por las tierras de España y por el orbe descubierta. Apenas se había formado mentalmente en su mocedad a su vuelta de Italia y había hecho sus primeras armas en la enseñanza, cuando sueña en la conquista de Salamanca no como tranquila Cátedra para sus estudios, sino como fortaleza donde señoreaban la ignorancia y la envidia. El mismo describe en jubilosos versos a Pedro Mártir este asalto militar a la sede de la Barbarie y su resonante triunfo: «Vine, vi, vencí, y, deshecho el ejército enemigo, se dispersó por las tierras y no volví a ver más a la Barbarie.» Los libros de castellano eran para extender el habla de Castilla por los nuevos mundos, que la intrepidez española iba descubriendo: «Para que después que Vuestra Alteza metiere debajo de su iugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas e con el vencimiento aquellos ternán necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, e con ellas nuestra lengua, entonces por esta Arte podrán venir en el conocimiento della, como agora nosotros deprendemos el arte de la gramática latina para deprender el latín.» Sus libros de latín eran «para desarraigar la barbarie de los hombres de nuestra nación».

Si la Reina era la capitana de las empresas de grandeza en el milagroso despertar de España, Nebrija tenía una participación en aquel amanecer del siglo glorioso:

*Temporibus vestris nonnihil ista dedit.
Quod si tu nobis foelicia tempora donas,
et meus illustrat saecula vestra parens.*

Y no era una pueril vanidad del gramático el pensar que contribuía al resurgir de su Patria, sino una convicción íntima de quien se sentía protagonista de una revolución intelectual, y como profeta de la expansión del imperio lingüístico español. Con aire triunfal, en 1492, a los once años de la publicación de su Gramática, se siente Nebrija como el conolizador de los estudios latinos: «Porque, hablando sin soberbia, fué aquella mi doctrina tan notable, que, aun por testimonio de los envidiosos e confesión de mis enemigos, todo aquello se me otorga, que io fué el primero que abrí tienda de la lengua latina e osé poner pendón para nuevos preceptos, como dize aquel horaciano Catio. Y que ia casi del todo punto desarraigué de toda España los *Doctrinales*, los Pedros Elías, e otros nombres aún más duros; los Galteros, los Ebrardos, Pastranas, e otros no sé que apostizos e contrahechos gramáticos, no merecedores de ser nombrados. Y que, si cerca de los hombres de nuestra nación alguna cosa se habla de latín, todo aquello se ha de referir a mí. Es por cierto tan grande el galardón deste mi trabajo, que en este género de letras otro maior no se puede pensar». (Prol. del Diccionario.)

El juicio común de los españoles sobre la obra de Nebrija fué como de la lumbrera máxima que rompió las tinieblas de la ignorancia, el que trajo la buena nueva del buen latín e implantó los estudios gramaticales en España. Casi todos, con exaltado panegírico lo consideran con símiles bélicos como el debelador de la barbarie, el ángel exterminador de los nefandos métodos medievales. Pedro Mártir canta en una altisonante poesía alegórica, en que intervienen hasta los dioses del Olimpo y las furias inferna-

les, la derrota de la Barbarie. que con todas las ayudas celestes y diabólicas es expulsada de España por el genio conquistador de Nebrija.

Este juicio difuso popular ha influido en el concepto de los críticos y no hay historiador de la filología, español y extranjero, que no cite el nombre de Nebrija como la más destacada figura de nuestro humanismo, aunque sus elogios no ahonden más, limitándose al vago elogio de los contemporáneos de Nebrija y del vulgo, sin puntualizar lo que hay de valioso y de trascendente en su aportación personal a la ciencia y al método, y en su decisiva influencia en el desarrollo de los estudios latinos. En una crítica objetiva de la magna obra de Nebrija, su gloria popular no se menguará sensiblemente, porque aquélla se basa principalmente en su eficiencia social, que es innegable. Aunque en un estudio a fondo no podrá simplificarse tanto la acción, atribuyendo sólo a Nebrija la preocupación nacional del bien hablar y la introducción de los estudios latinos, sin tener en cuenta otras corrientes culturales del reino de Aragón y de Portugal, y otros como el gran Alonso de Palencia. Aun teniendo presentes el cúmulo de circunstancias favorables que en aquella coyuntura crítica de nuestra historia favorecieron el empeño del gran latinista, siempre habrá que reconocer que Nebrija, por su singularísimo talento, por su varia cultura, por su laboriosidad y esforzada decisión, por su facundia y hasta por su jactancia, fué el hombre ideal para renovar la latinidad y la gramática en nuestra Patria. Su gramática latina, comparada con las que se manejaban en las escuelas de latinidad, representaba una mejora indiscutible. Su método fué, como el carácter de Nebrija, siempre vacilante. El de la primera edición, con sus esquemas y sus reglas en prosa latina, fué empeorado por una transacción con los que echaban de menos aquellos versos involuables del Alexandre y por la obsesión de fijar en el oído, más que en la memoria racional, las revesadas reglas. Una pequeña ampliación de su edición primera y el haberla utilizado traducida, hubiera hecho de ella un libro ideal para aquellos tiempos. El método de hacer aprender la gramática latina en latín, que no

convención del todo a Nebrija, y que luego ha sido probado de tremendo error pedagógico, era disculpable en aquellos tiempos, en que se atendía sólo a la ventaja de manejar el latín cuanto antes, siquiera fuera el duro latín de los versos alejandrinos, y aunque fuera doblado el esfuerzo de sacar la verdad de aquel enmarañado depósito de la memoria.

Con toda su cultura divina Nebrija sintió ante todo la preocupación de la sencillez, sintiendo el temor de las reglas profusas que sirvieran más de empacho que de enseñanza a los niños: «Habenda fut ratio ut essent quam simplicissimae, ne quasi ciborum redundantia stomacho, sic praeceptorum varietas illorum ingenio tumultum faceret.» No obstante que su erudición latina le rebosaba en las glosas que dedicaba a los adelantados y a los maestros: «Non tam cum rudibus noviciisque rei litterarias professoribus quam cum provecis vel potius cum magistris ipsis sermo mini in ais commentariis habendus est.» Sólo leyendo su libro pedagógico *De liberis educandis*, tan poco conocido y de tan subido valor, pueden apreciarse sus tendencias y sus preocupaciones fundamentales por los métodos de enseñanza.

En su libro podríamos señalar incongruencias prácticas con sus propósitos, como los farragosos capítulos de prosodia *De primis syllabis* y *De mediis syllabis*, científica y pedagógicamente absurdos, pero que en aquellos tiempos obedecían a un método seguido tradicionalmente en las escuelas.

La gloria popular posterior de Nebrija es principalmente por el núcleo elemental de sus *Introducciones*, esto es, por su *Arte*, que, en parte, ni siquiera es suyo.

El mérito de sus demás estudios, de sus glosas, de sus comentarios de autores y de sus disertaciones universitarias, no ha sido discernido no sólo por el pueblo, pero ni siquiera juzgado por los historiadores del humanismo.

Y, sin embargo, Nebrija tiene trabajos fuera de su manual latino y fuera de las magníficas glosas de éste, que le dan derecho a figurar entre los más excelentes humanistas. Entre sus trabajos más cortos, *Relectiones* y *Repetitiones*, hay algunos que me-

recían un estudio y una estimación que nunca se les ha prestado. Lemus es el único que ha estudiado con algún detalle en una breve monografía la *Secunda repetitio, De vi ac potestate litterarum*. En esta disertación Nebrija plantea con rara sagacidad en un atisbo feliz el problema de la pronunciación latina, que hasta nuestros tiempos no se ha estudiado sistemáticamente. En esta disertación, ni siquiera citada por los tratadistas de la pronunciación clásica, Nebrija hace felices afirmaciones sobre el valor de la *i* labializada de *optimus*, y de las aspiradas *ch*, *th* y *ph*. y la última de las cuales, por consenso general, se confundió con *f*, defendiendo que la pronunciación de *-tia* no era *-cia*, aunque admitía tolerable esta pronunciación por el uso y descubriendo que la *h* latina fué aspirada. Bywater (1) hace, en parte, justicia a Nebrija en esta disertación al observar que en ella se fija la pronunciación griega que se llama Erasmio; hecho de singular importancia, pues el *Dialogus de pronuntiatione*, de Erasmo, se publicó en 1528, esto es, seis años después de la muerte de Nebrija. Un análisis razonado de otras disertaciones de Nebrija probaría el sólido mérito de su obra en el aspecto científico, menos resonante que el de su labor didáctica, pero que contribuiría a enaltecer también la gran figura del popular humanista.

Los estudios de Nebrija sobre autores latinos son poco conocidos. Sus *Comentarios*, de Sidulio, Persio Flaco y Prudencio, que tanto interés despertaron en su tiempo, no han sido seriamente juzgados. En los de Virgilio es obscuro lo que es de Nebrija y lo que corresponde a sus discípulos.

La preparación del doble diccionario italiano, al que consagró principalmente los seis años que mediaron entre 1486 y 1492, supone un esfuerzo considerable por no existir en España un libro de esta índole. La necesidad de una obra semejante era más apremiante entonces por haberse incrementado desde la aparición de las *Introductiones*, de Nebrija, los estudios de latín. Pero

(1) *The Frasmian Pronunciation of Greek and its Precursors Jerome Aleander, Aldus Manutius, Antonio of Lebrixa*, Londres, 1908.

cuando Nebrija andaba más afanosamente ocupado en su obra, dos años antes de terminarla, aparece en 1490 un Diccionario latino de excepcional importancia, el de Alonso de Palencia. No es justo, pues, el hijo de Nebrija, cuando en los versos dedicados a su padre dice que a él sólo se le debe la gloria de haber puesto con ímprobo trabajo en orden las palabras latinas para que se pueda conocer su significado:

*Antoni haec igitur debetur gloria soli
ac laudum titulis hic numerandus erit
... ..
verbaque nunc iterum magno digesta labore
rebus quod facias concinnuisse suis.*

(Poesía inserta al final del Diccionario en la edición de Burgos.)

Los críticos y panegiristas de Nebrija ponderan igualmente el hecho de que Nebrija hubiera publicado antes que nadie un diccionario latino. Pero esta afirmación es falsa, y el problema que desapasionadamente hay que estudiar es el de las relaciones históricas y lógicas entre ellos, cuáles son las fuentes de ambos, cuáles sus errores y aciertos de interpretación y hasta qué punto utilizó Nebrija, en los dos años que mediaron entre la publicación de su léxico y la del diccionario del gramático e historiador oxomense. De la comparación entre ambos resaltan capitales diferencias. El libro de Palencia quería ser erudito y despacioso, y Nebrija buscaba un manual escolar compendioso, rico y barato: «Estrechamos eso mismo el volumen debaxo de una maravillosa brevedad, porque la grandeza del precio no espantase a los pobres de lo comprar, ni la frente alta del libro a los ricos, hastiosos de lo leer, e también porque más ligero se pudiese traer de un lugar a otro en la mano, e seno e so el braxo.» Las explicaciones de Palencia son amplias y a menudo autorizadas con citas clásicas:

«*Exta* son las partes medias de las pécoras, como extentino, e venas e cuerdas; e segund Festo Ponpeyo dixeron *esta* porque

cortauan para sacrificar a los dioses aquellas partes que parecían más eminentes e sobradas.»

Las de Nebrija son la concisión extremada :

«*Extæ, orum, siue extales, por el assadura.*»

Palencia incurrió en el gravísimo defecto de no enunciar las palabras muchas veces más que con la primera forma, *exta, regere*, mientras que Nebrija las enuncia siempre en las formas necesarias: «*Rego, is, rexi, rectum*, por regir o gouernar.» En el número de voces el Diccionario de Nebrija es mucho más rico que el de su predecesor. La suerte diversa de ambos podría explicarse suficientemente por su valor y utilidad; pero la deben, además, a la circunstancia de ser uno de Nebrija, el gramático decidido de la corte de los Reyes Católicos, y ser el otro de un cronista de la corte de Enrique IV; a que Palencia moría con relativa obscuridad dos años después de la publicación del Diccionario, mientras Nebrija, en su cátedra de Salamanca, en plena actividad y gloria, extendía su léxico como complemento de su famoso arte gramatical, y, en fin, a otros factores de la fortuna que sepultaron el uso en el olvido y difundieron el otro por todos los ámbitos de España. Nebrija se plantea en esta obra problemas léxicos de gran interés, fijando las dificultades capitales que el lexicólogo latino encuentra al buscar la correspondencia con el idioma moderno. Así, aduce el caso de términos latinos a los que no halla correspondencia española por no existir la cosa entre nosotros, como el *platanus*, árbol que, según él, no existía en España y no tiene, por tanto, término correspondiente. A la inversa, hay términos latinos de un género para el que no se halla una correspondencia exacta por existir en España especies y variedades desconocidas en latín, como en la fruta agria de los antiguos, que en español se llama *cidra, naranja, toronja, lima* o *limón*; y en las aves de rapiña, que en latín son pocas, *miluius, accipiter*, y en castellano muchas, como *gavilán, azor, gerifalte, neblí, sacre, al-faneque, baharí y tagarote*. El juicio de Valdés sobre la incon-

gruencia de los vocablos latinos y castellanos es inadmisibile por exagerado: «En la declaración que hace de los vocablos castellanos en los latinos se engaña tantas veces, que sois forzado a creer una de dos cosas, o que no entendían la verdadera significación del latín, y esta es la que yo menos creo, o que no alcançava la del castellano, y essa podría ser, porque él era de Andalucía, donde la lengua no está muy pura.» (*Diálogo de la lengua.*) Los casos de error de la correspondencia castellana, aquellos en que por no hallarla inventa Nebrija un vocablo por derivación, y los demás defectos por confusión y por desconocimiento, no afectan al juicio favorable que merece esta magna obra del gran humanista español. La autoridad de este Diccionario fué tal, que hasta algunos errores suyos se siguen admitiendo, como los vocablos inventados por penuria o capricho. Para traducir *clauditas* o *claudicatio*, inventó el vocablo *cojedad*, que ni tenía ni ha tenido uso, y que la Academia sigue admitiendo en su Diccionario. El Diccionario de Nebrija ha sido utilizado en España hasta el siglo XIX, especialmente en las ediciones reformadas y ampliadas de Ortiz de Luyando y de Rubiños.

La latinidad del propio Nebrija en sus versos no gramaticales y en sus libros en prosa no es para ser aprendida como clásica, como llega a proponer algún admirador suyo, pero tiene especial mérito, y sus versos ofrecen vena poética, facilidad y garbo, y son relativamente correctos, dentro, naturalmente, del carácter de la revuelta reminiscencia de la latinidad que los humanistas tenían, cuando no se sabían distinguir aún los caracteres peculiares de cada período del latín. En algunas poesías podrían señalarse giros clásicos, como las frases de Marcial y de Ovidio incrustadas en su famosa composición *Ad Artem suam*. Virgilio le ayuda en otras composiciones, como en la poesía dirigida a los Reyes a su vuelta de Galicia. En sus poesías, naturalmente son inferiores las partes de tema forzado, y en éstas son las de menos mérito los *Dichos de los sabios* (*Sapientium dicta vafre*). Un comentarador sagaz hallaría lo que es invención y lo que es recuerdo de los poetas latinos, y en este trabajo se vería ayudado por el mismo

Nebrija, que, con sencilla franqueza, anota, a veces, el origen de sus frases. Nebrija, en sus versos y, a veces, en su prosa lírica, es imaginativo y elocuente, abundoso y fácil, y remotamente quiere recordar, a veces, el andalucismo brillante y exaltado de Lucano.

Nebrija, por su inteligencia extraordinaria, por su portentosa cultura y por su eficiente autoridad docente, es, sin disputa, la gran figura lingüística de España al alborear el humanismo español, que tanto contribuyó al posterior esplendor literario y científico de España.

